

Artículo preparado en 1998 a solicitud de la Embajada de México en Buenos Aires, para un libro colectivo en preparación.

MÉXICO Y ARGENTINA: UN CONTRASTE DE ESTRUCTURAS

Torcuato S. Di Tella
Universidad de Buenos Aires
1998

Para entender a un país, nada mejor que mirarlo en el espejo de otro, y especialmente si hay entre ambos ciertos parecidos, que facilitan aislar los factores que expliquen las diferencias. A pesar de que la buena educación dice que no hay que hacer comparaciones, el investigador de lo social debe lanzarse a ellas con saña, aún cuando no sea tanta como la que William Faulkner aconsejaba al escritor, que debía ser "despiadado", y estar dispuesto, siguiendo su vocación, a "perder el honor, el orgullo, la decencia, la seguridad, la felicidad". Sin ir a esos extremos, me aventuro en este laberinto, esperando que los Minotauros que en él habitan estén dormidos, o domesticados.

El primer contraste histórico es la forma en que nuestros países consiguieron su independencia. Esta fue hecha en la Argentina, como decía el célebre escritor y panfletista apodado *El Pensador Mexicano*, Fernández de Lizardi, "por los ricos", mientras que la Insurgencia fue iniciada por un cura y un militar de mediana graduación, a quienes la cosa enseguida se les fue de las manos. El resultado, según la historiografía tradicional, fue un millón de muertos, cifra seguramente exagerada pero que de todos modos refleja una realidad impresionante. Es que las tensiones acumuladas por la experiencia de la Conquista, en un país con tanta población como el México indígena, eran brutales. En el Río de la Plata lo más cercano a eso era el Alto Perú, pero esa zona pronto quedó desvinculada de las Provincias Unidas. En el Alto y el Bajo Perú se habían dado las revueltas de Túpac Amaru y Túpac Catari a fines del siglo XVIII, unos treinta años antes del inicio de la independencia, y su recuerdo estaba suficientemente fresco como para infundir moderación a las elites criollas.

Hacia aquel entonces México tenía unos siete millones de habitantes, contra bien menos de un millón de lo que luego sería la Argentina, y contaba con tres o cuatro ciudades equivalentes o superiores en población a Buenos Aires, mientras que la capital casi la triplicaba. Esta gran concentración urbana -- aunque flotando sobre un mar rural -- acompañada por una enorme presencia de *lumpen*, los temidos *léperos*, émulos de los igualmente feroces *lazzaroni* de Nápoles, fomentaba una política de agitación popular. En la Argentina también la había, ya desde los comienzos de nuestra vida independiente, pero en México el fenómeno se magnificaba, y sirve inclusive como lente de aumento para comprender mejor algunos de nuestros fenómenos de caudillismo popular.¹

Es interesante al respecto notar que el gran peso del conservadorismo católico en México no tenía equivalente en la Argentina. En el país del norte la contraposición se daba entre esa fuerza conservadora clerical y centralista, y un liberalismo radicalizado y federal, con componentes caudillistas. Esa dialéctica se veía reemplazada, en el Río de la Plata, por la que contraponía a un liberalismo moderado y unitario contra un populismo caudillista que oscilaba entre valores liberales y conservadores, y en general autoritarios.

En México, después de las terribles convulsiones de las guerras de Reforma (1857-1860)

¹. Aunque no hay que abusar de las citas *pro domo suae*, no puedo menos que mencionar aquí mi *Política nacional y popular en México, 1820-1847*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

e Intervención (1861-1867), se había dado un reordenamiento autoritario pero constitucional, superando el golpismo y los motines populares que habían marcado la historia del país. El régimen de Porfirio Díaz era el heredero del liberalismo, incluso del liberalismo radical de la primera parte del siglo XIX, que había conducido con éxito la lucha contra el tradicionalismo religioso y contra la reconquista extranjera. Su gran creación había sido la Constitución de 1857, paradigma de posibles evoluciones futuras, pero que por el momento era preciso aplicar con mesura, dejando el poder en manos de un gobierno sólido y paternal, que velara sobre una población en su mayoría apática, pero duro con las minorías activistas.

El único problema serio era que se había tenido que caer, para evitar la tendencia a la guerra civil, en un poder excesivamente personalista, con la reelección indefinida de Don Porfirio. El sistema en la práctica era de partido único, pero ni siquiera se podía hablar muy seriamente de un partido de gobierno: sólo existía el *entourage* del presidente, formado por círculos de funcionarios y algunos intelectuales, aparte de los caudillos regionales en proceso de transformarse en administradores civiles de una economía en expansión. Los clericales habían quedado radiados desde las guerras de mediados de siglo, pero estaban lentamente retornando a ocupar una posición de cierta espectabilidad, manteniendo siempre una excelente ligazón con las clases altas, y una correcta relación con el gobierno. Para las elecciones presidenciales de 1902 se lo iba a llevar por cuarta vez a Díaz a la suprema magistratura, lo que no era excesivo para un país en reconstrucción, y sería más tarde emulado por el muy demócrata Franklin D. Roosevelt. Formalmente, el partido gobernante se autodenominaba Liberal, pero era un animal político algo distinto de los partidos liberales europeos, o aún de los conservadores de ese continente. Pero justamente en esa diferencia estribaba -- se podía pensar -- su adecuación al medio.

En torno al presidente se había formado un brillante grupo intelectual imbuído de las más modernas teorías, y por lo tanto denominado de manera un poco burlesca pero al final autoasumida, "los Científicos". Contaban entre sus números al Ministro de Hacienda Yves Limantour, a Justo Sierra, y al controversial publicista Francisco Bulnes, que no tenía pelos en la lengua cuando de derribar viejas nociones sobre la historia patria se trataba. Organizados en una Convención Nacional Liberal habían estado en la primera línea de la campaña para llevarlo de nuevo al General a la presidencia, porque aunque en principio estaban contra el gobierno unipersonal y centralista, éste era el único posible por el momento.

Al viejo héroe de la Guerra de Intervención se lo pudo convencer de que siguiera al frente del barco, hasta incluso para la reelección de 1910, lo que ya era demasiado. El abuso produjo el desplome, como es bien sabido. Menos sabido es que las elites argentinas se miraban con bastante preocupación en el espejo mejicano.

Joaquín González, escribiendo a comienzos de 1911, cuando aún no se conocía el resultado de la insurrección, iniciada en diciembre del año anterior, planteaba el paralelo en un artículo publicado por la Revista Argentina de Ciencias Políticas:

Dejando a historiadores y críticos nacionales la tarea de la comparación del sistema dictatorial argentino con el mexicano, aún vigente, es oportuno ya hacer notar la aparición, con caracteres definitivos, de los signos de su disolución y renovación. El actual movimiento revolucionario nos los ofrece con toda claridad; porque, si bien no todas las revoluciones -- y cada vez menos -- se presentan con características de éxito incontrastables, tienen todas ellas una virtud en favor de los pueblos: y es que sirven para despertar la atención de los vecinos y de los más lejanos sobre la situación y la importancia de las cosas de adentro.

La preocupación por lo que pasaba en México estaba en alguna medida moderada por la convicción de que ya no era época de revoluciones armadas exitosas. Sin embargo, pronto la misma realidad mexicana y pocos años después la rusa y la misma alemana demostrarían lo contrario, cierto es que estimuladas por el caos producido por la guerra internacional.

Por su parte, ante el hecho consumado del triunfo de Madero, La Prensa lo señalaba (30/5/1911) como una espada de Damocles que colgaba sobre la Argentina si sus gobernantes no se reformaban:

Ved el sistema que cae en México. Hé ahí el ideal de gobierno fuerte recomendado a la República Argentina durante treinta años, sistema que lucha todavía para restaurar su imperio protestado constantemente por el pueblo. Hé ahí los frutos finales del sistema cuya eliminación fundamental en la política argentina corresponde a la presidencia y a las generaciones de patriotas de la actualidad.

México era "un ejemplo que debe aleccionar a nuestros mandatarios y decidirlos a una reacción fundada en el honor nacional y en el patriotismo colectivo", afirmaba un poco después, y en 1915 seguía considerando que

son evidentes los puntos de contacto entre la situación mexicana y la argentina. Implacable, belicosa la una, esencialmente pacífica la otra, ambas se revuelven profundamente desconcertadas e impotentes para resolver su problema. Allá se traduce en el más horrendo de los desgarramientos conocidos en tiempos modernos. Aquí, la anarquía, sucedánea a la desorientación, es mansa, amanerada, repugnante, pero gualmente incapaz de producir soluciones.

Pero todo no estaba perdido, porque el presidente argentino "tiene la oportunidad de reparar en su país los estragos de un legado análogo al mexicano".²

Los contrastes étnicos de México se veían homologados, en alguna medida, por los que transformaban, en la visión de muchos, a los extranjeros en un foco de resentimiento y de baja lealtad a las instituciones nacionales. En México la ola revolucionaria había englobado a grupos muy distintos entre sí, desde los moderados de Francisco Madero a los anarquistas de la Casa del Obrero Mundial, y los campesinos indios de Emiliano Zapata. La vulnerabilidad de la Argentina a conmociones civiles del tipo "guerra civil latinoamericana" era más alta que lo que hoy podría pensarse, como lo demostraba su propia historia, punteada por las rebeliones radicales, y por analogía la de países vecinos como Uruguay, con los intentos del caudillo blanco Aparicio Saravia de acceder al poder por las armas (dos levantamientos, entre 1896 y 1904). El excepcionalismo argentino tenía sus límites.

En la banda ideológica opuesta cundía, en cambio, el entusiasmo, equivalente al que décadas después produjo la Revolución Cubana. El órgano de la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA), entidad que se había formado en 1910 con socialistas, sindicalistas revolucionarios y algunos anarquistas "evolucionistas" (en contra de la más tradicional FORA anarquista), saludaba a los compañeros mexicanos, en un artículo titulado "La revolución obrera en México. La burguesía en peligro. Ayudemos a nuestros hermanos", y afirmaba con entusiasmo que "los obreros mejicanos han realizado ya lo que nosotros jamás hemos siquiera intentado: derrotar fuerzas del ejército sostenidas por fuertes baterías". Y eso que el proceso recién empezaba.

Otro importante contraste entre los dos países es el diferente tipo de arraigo de las ideologías venidas de Europa, que en la Argentina se veían acompañadas por una nutrida presencia humana. Los cultores de esas ideologías, cuando ellas cundían, estaban, entonces, más arraigados en las tradiciones locales en México. Así, por ejemplo, los anarquistas, junto a individuos de variada extracción ideológica, básicamente continuadores de la tradición liberal populista ("yorkina"), formaron un Partido Liberal Mexicano (1906). Tal comportamiento es extraño en esa familia política, cuyo miembro más destacado era Ricardo Flores Magón. Se trataba de una segunda generación de libertarios. La primera había asentado sus reales entre artesanos de la ciudad de México bien temprano, hacia los años setenta, bajo la prédica de un sastre griego, Plotino Rhodakanaty, de mentalidad proudhoniana, cooperativista y mutualista.

². Citas tomadas de Pablo Yanquelevich, *La diplomacia desarmada: Argentina y la Revolución Mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1994. Ver también Eduardo A. Zimmermann, *Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

Ese primer anarquismo, algo más parecido al argentino, había estado sin embargo dispuesto a entrar en el juego político de la época, buscando apoyo en las facciones del régimen juarista y su sucesor Lerdo de Tejada, o aún del temprano Díaz, cuando éste se levantó en 1876 con las banderas de *sufragio libre y no reelección*. Ya para fines de siglo los anarquistas eran más violentos, siguiendo en esto el flujo internacional de las ideas.

Cosa sorprendente, y digna de tener en cuenta para otros casos, fue que los anarquistas pronto se plegaron al muy moderado Francisco Madero, formando una peligrosa amalgama. Es cierto que hubo un sector principista que despreció a Madero, y aprovechó el momento para iniciar una revolución por su cuenta, en la Baja California, con poco éxito. Pero el grueso se plegó a las huestes "pequeño burguesas", con bastante tino, porque era obvio que una vez que comenzara el tiroteo no se podría medir hasta qué punto exactamente podría llegar. Claro que la contracara de este argumento era que los anarquistas, si se enredaban demasiado con la revolución, podrían terminar transformados en parte de un proceso muy alejado de sus objetivos iniciales. Esto, efectivamente, es lo que ocurrió con aquellos que formaron la Casa del Obrero Mundial, y que en la lucha de facciones optaron por Venustiano Carranza contra los agraristas de Emiliano Zapata, que llevaban demasiados escapularios e imágenes de la Virgen de Guadalupe en sus sombreros.

Saltando una vez más algunas décadas, llegamos al año de 1929, en que Calles, ya liberado por el azar de un tiro certero de la sombra de Obregón, decidió unificar a los varios grupos políticos y asociaciones de clase que apoyaban el proceso, formando un partido unificado, el Partido Nacional Revolucionario, que luego cambiaría de nombre pero no de hábitos, cuando se bautizó Partido de la Revolución Mexicana, y en 1946 Partido Revolucionario Institucional (PRI). Ahí quedaron incorporados la central sindical y la campesina, así como los militares, en su gran mayoría de buenos antecedentes revolucionarios. De ahí las tres "ramas" iniciales del partido, la obrera, la campesina, y la militar. Pronto se agregó una cuarta, la "popular", cuyo nombre evidenciaba el hecho de que en ella se congregaba el sector menos popular de las fuerzas revolucionarias, o sea los nuevos empresarios, grandes y pequeños, y los funcionarios.

El PRI consiguió mantenerse prácticamente hasta la actualidad como partido hegemónico, aglutinando a una alianza policlasista muy peculiar, en que se encontraban las fuerzas más dinámicas de la sociedad mexicana. Es cierto que en las urnas la libertad del voto no siempre era respetada, y muertos y ausentes revivían o volvían a sus pagos en esas ocasiones. Como gran parte del electorado era aún muy pasiva, a pesar de los beneficios que fueron recibiendo de la revolución en términos de tierras y otras garantías laborales, era necesario, en vez de tomarse el trabajo de juntarlos en camiones y llevarlos a las urnas, directamente hacerlos aparecer como habiendo votado.

Lo grave no era tanto eso, sino la política de mano fuerte aplicada a los opositores, especialmente a los más decididos de entre ellos. Cuando en 1929 José Vasconcelos pretendió disputar la primera magistratura, se vio acorralado, y para evitar ulterioridades tuvo que emigrar al finalizar el recuento de votos.

De todos modos, y a pesar de esas y otras manchas, el PRI (para seguir dándole ese nombre aunque nos referimos a sus anteriores reencarnaciones) se convirtió en modelo de partido de integración multclasista, con objetivos de tipo nacional revolucionario. Es típico de países que han experimentado una revolución social, o una lucha nacional anticolonialista, el generar este tipo de partidos únicos o casi únicos, portadores de los valores de cambio pero al mismo tiempo conservadores de las nuevas estructuras e intereses que se van creando. Juzgado con este tipo de cartabón, que va desde los partidos Comunistas soviético, ruso o cubano, hasta el Partido del Congreso en la India, o los menos orgánicos que apoyan a los regímenes nasseristas, socialistas árabes u otros del Tercer Mundo, el PRI no hace tan mala figura. En cuanto a institucionalización y respeto de libertades públicas, sólo cede primacía al Partido del Congreso de la India, que en su larga historia ha sido capaz hasta de perder alguna elección y después retornar al poder.

El impacto de la Revolución fue particularmente intenso en el joven líder estudiantil Víctor Raúl Haya de la Torre, quien, expulsado del Perú, llegó a México de paso para completar

sus estudios en Europa, en el año 1924. Era el final del gobierno de Obregón, con José Vasconcelos actuando de evangelizador de la cultura desde el ministerio, y con un sinnúmero de iniciativas de orden económico, social y cultural. Parecía que se había dado con una fórmula autóctona, basada en la lucha de las masas, a diferencia de la tendencia de las elites intelectuales a imitar los modelos europeos, de tipo liberal o socialista. Ahora, en el resto del continente, se podía emular un modelo generado en la propia región. Además, la estructura social del Perú era bastante parecida a la de México, aunque con menor desarrollo económico y una historia algo menos violenta.

Haya formó en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), como núcleo ideológico, y base para el lanzamiento de una nueva Internacional, competitiva con las más rígidas Segunda (socialdemócrata) y Tercera (comunista). A diferencia de ellas, el nuevo movimiento se basaría en una alianza multclasista con apoyo obrero y campesino pero, dada la debilidad de esas clases en nuestros países, bajo la dirección de un tercer componente, la clase media. Esta, en América Latina, a diferencia de Europa, era parte de los sectores desposeídos y no furgón de cola de los dominantes. Así, al menos, lo veía Haya, y lo elaboró en libros que fue desarrollando a partir de los años treinta, cuando pudo volver a su patria por un breve período de democracia para organizar la sección peruana del aprismo, o Partido del Pueblo.³

El aprismo, que arraigó fuertemente en el Perú, no lo pudo hacer de manera explícita en el resto del continente, aunque algunos partidos de ese nombre se formaron, con breve vida. Más sólidos fueron movimientos inspirados parcialmente en su doctrina, y aliados a nivel internacional, como Acción Democrática de Venezuela, el Movimiento de Liberación Nacional de Costa Rica, el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia, y aún el Socialismo chileno.⁴

En la Argentina todos estos fenómenos tuvieron poco impacto, por la diferencia de estructuras sociales, a pesar de que a nivel intelectual la Reforma Universitaria de 1918 fue un componente de las ideas apristas, y de que siempre hubo grupos orientados hacia una problemática latinoamericana. Pero en general el país, y sobre todo sus elites, estaban muy convencidos de que vivían en una ínsula europea, error del que les llevó bastante tiempo y algunos disgustos darse cuenta.

Es significativo que como resultado de la consolidación institucional postrevolucionaria, el año 1930 no fue traumático en México, como en tantos otros países de la región. El trauma, en todo caso, había ocurrido en 1928, cuando al terminar el cuatrienio de Calles le correspondía, según una tradición latinoamericana aunque no muy bien vista en México, "devolver" el mando a su antecesor y patrón, Alvaro Obregón. Este fue efectivamente electo, pero una bala, disparada por algún fanático católico, le cortó la fiesta. Calles se encontró entonces ungido Jefe Máximo, en ausencia de alguien que le hiciera sombra, y organizó al partido oficial (el futuro PRI) para mejor consolidar su control. Promovió a una seguidilla de tres personalidades opacas para llenar provisionalmente la silla, en lo que ahora había devenido sexenio, y al que se denominó Maximato (1928-34).

En 1934 ya la experiencia política mexicana desaconsejaba una reelección, y Calles optó por ungir a otra figura menor, el Gral. Lázaro Cárdenas. Este, sin embargo, al poco tiempo mostró los dientes, expulsó del país a su antiguo jefe, e inició una fase radicalizada de la Revolución, con un intenso programa de distribución de tierras, lucha contra la Iglesia, y al final nacionalización del petróleo.

Con esta nueva política el régimen revolucionario reverdeció sus laureles y consiguió cooptar a gran cantidad de sectores de la izquierda, consolidando su vigencia entre los

³. Víctor Raúl Haya de la Torre, *Treinta años de aprismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956; Carol Graham, *Peru's Apra*, Lynne Rienner, Boulder, 1992.

⁴. Ghita Ionescu y Ernest Gellner, eds, *Populism: Its Meanings and National Characteristics*, London, Weidenfeld and Nicholson, 1969; Michael L. Conniff, *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982; Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile*, Urbana, University of Illinois Press, 1978.

trabajadores manuales y las asociaciones campesinas. El sindicalismo, con figuras cumbres como Luis Morones y Fidel Velázquez, se estableció como rama orgánica del partido oficial, aunque siempre hubo algunos sectores autónomos en el mundo obrero. De todos modos, el liderazgo sindical era muy caudillista, basado en un clientelismo del tipo de las *political machines* norteamericanas, cada vez más corrompido y violento en el tratamiento de las oposiciones, pero no por ello necesariamente menos popular, en cuanto a capacidad de movilizar a las masas detrás de sus jefes. Si esto era un sistema de representación de las bases, "a la mexicana", o un método de represión sobre ellas, es algo difícil de decir, porque posiblemente estaba en algún lugar intermedio entre ambos polos.⁵

Durante las transformaciones radicales en la estructura de la propiedad y en otros campos, protagonizadas por Cárdenas, los ruidos de protesta en las clases acomodadas y en las Fuerzas Armadas no dejaron de sentirse, aunque fueron manejados con habilidad por el presidente. Quizás debido a este malestar, sin embargo, Cárdenas decidió favorecer, como sucesor, a otro militar, Manuel Avila Camacho, que gozaba de mejor predicamento en la Derecha y que impuso un fuerte compás de espera a las reformas.

Uno de los políticos, o aspirantes a políticos, que observaban sin duda atentamente el fenómeno mexicano era Juan Domingo Perón. Hacia esos años del final del sexenio cardenista Perón estaba en Chile, y es sabido cómo el pasar algún tiempo en otro país del continente sensibiliza a cualquiera a la temática regional. Es sabido que Perón tomó como uno de sus modelos a Mussolini, aunque fracasó en crear un régimen parecido, si es que lo intentó. Menos comentado es su conocimiento de otros fenómenos que sin duda deben haber impactado su imaginación, como el mexicano. Aunque sobre esta eventual influencia no hay información directa, es sí posible comentar sobre los parecidos y contrastes entre ambos fenómenos. Porque si Perón intentó repetir en la Argentina el fenómeno PRI, también en eso fracasó.

Perón sin duda deseaba formar un partido de integración policlasista, como el PRI, pero las condiciones sociales de su país se lo impidieron. Una organización tan abarcativa como el PRI es más típica de países en etapas tempranas de desarrollo, con mucha población rural, en la cual esa masa rural es fácilmente incorporable dada su poca experiencia organizativa autónoma, y en que la clase obrera urbana es muy minoritaria, jaqueada por la "reserva infinita de mano de obra" rural, y por lo tanto con poca autonomía sindical, y pasible de control desde arriba.⁶ Posiblemente en la Argentina los conflictos de clase tenían menor intensidad que en México, pero los que había enfrentaban a la masa de la clase obrera con la masa de la clase media y desde ya con la mayor parte de la burguesía.

La coalición que Perón pudo armar, por lo tanto, estuvo muy centrada en los sectores populares, a pesar de haber contado con apoyos en estratos medios y altos, algunos muy significativos (gran parte de militares y clero, y minorías de industriales necesitados de protección). Esos apoyos "burgueses" parecían poderosos vistos desde la izquierda, pero en la realidad no tenían suficiente peso como para frenar las demandas populares, que de hecho se hicieron sentir. Efectivamente, Perón, a pesar de sus intenciones, protagonizó las mayores experiencias de lucha de clases que vivió la Argentina, como la quema del Jockey Club de 1953, o la de las iglesias en 1955, y el posterior fenómeno de alianza con la guerrilla Montonera.⁷

La posterior evolución del Justicialismo en sentido moderado, y aún conservador, no quita a la naturaleza muy marcadamente clasista de ese movimiento, a pesar de contar, durante

⁵. Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, 2 vols, México, Sepsetentas, 1976.

⁶. W. Arthur Lewis, "Economic development with unlimited supply of labour," *The Manchester School* 22 (1954): 139-191.

⁷. Carlos Waisman, *Reversal of Development in Argentina: Postwar Counterrevolutionary Policies and Their Structural Consequences*, Princeton, Princeton University Press, 1987; Donald Hodges, *Argentina, 1943-1987: The National Revolution and Resistance*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987; Daniel James, *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

la presidencia de Carlos Menem, con una explícita alianza con la Derecha. Lo que el futuro pueda ofrecer es aún misterioso, tanto en el caso argentino como en el mexicano. A menudo se dice que el Peronismo, al evolucionar de manera neoliberal y libremercadista, deja de ser un partido de tipo nacionalista popular para convertirse en algo más parecido al PRI, o aún más, a un conservadorismo popular.

Discusiones terminológicas aparte, se trata de fenómenos distintos. Desde ya, el hecho de que un partido popular se oriente hacia fórmulas económicas que clásicamente han sido patrimonio de la derecha, no es novedad especial, ni menos argentina, ya que la experimentan prácticamente todos los partidos socialdemócratas del mundo, incluso los comunistas reformados. Lo significativo, para captar su dinámica interna y su eventual evolución futura, es ver cómo se transforma, o no, su base de apoyo en términos de grupos sociales.

El PRI ganaba las elecciones con bastante manipulación del voto, aunque posiblemente igual las hubiera ganado si se hubiera hecho un recuento honesto. Pero la perspectiva de una genuina competencia por el poder hubiera desatado las pasiones, y los responsables de administrar el sistema tenían siempre presente la admonición -- más bien imprecación -- de Porfirio Díaz al tomar el barco para el exilio, acerca de los tigres que tan desaprensivamente Madero había desatado. Así como Adenauer, después de los cuarenta millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial decía en Alemania "i keine experimenten!", a los mexicanos les bastaba uno para avanzar con cuidado en la senda de la democratización.

El predominio del PRI se basaba en su tradición revolucionaria, que le granjeaba abundantes adhesiones populares, y en su experiencia exitosa de desarrollo industrial, que le permitía integrar a las nuevas fuerzas económicas. Estas hubieran preferido quizás una fraseología algo menos revolucionaria, y una política consensual hacia la Iglesia, pero de todos modos en gran medida aceptaban el régimen. Algunos de sus sectores principistas, sin embargo, favorecían al Partido de Acción Nacional (PAN), de raíces católicas y vasconcelianas, que sin negar una raigambre revolucionaria, datada en la experiencia moderada del maderismo, de hecho canalizaba muchos sentimientos conservadores y libreempresistas.

Pero gran parte del empresariado nacional estaba muy consciente de que las teorías de Friedrich Hayek o de Milton Friedman no se aplicaban a un país en la etapa de desarrollo de México, donde la ingerencia estatal, y un decidido proteccionismo, eran necesarios para asegurar el lanzamiento de la industrialización. Además, las tradiciones violentas del país hacían aconsejable la permanencia de un partido que pudiera mediatizar las demandas populares, concediéndoles algo, tanto en la realidad como sobre todo simbólicamente. Esto dificultaba, sin embargo, el desarrollo capitalista rural, por la constante amenaza de intervención agrarista, pero en los sectores del comercio, la industria y las finanzas las perspectivas eran muy amplias. Mientras la tasa de crecimiento anual llegara o se aproximara a los dos dígitos, no había problema. A la izquierda, una proliferación de pequeños partidos sólo agitaba a decididas minorías de la intelligentsia y a algunos núcleos obreros.⁸

En México el desarrollo industrial de los años sesenta y setenta seguía transformando al país, congestionando sus ciudades, y creando una masa cada vez más difícil de integrar al sistema casi monopartidario existente. La educación, a pesar de los siempre graves déficits en el nivel de alfabetización y primario, producía en sus ciclos secundario y universitario estratos sociales que no conseguían ocupación conmensurable con sus aspiraciones. Esto no podía menos que generar resentimientos en amplios sectores de clase media, notables sobre todo en el nivel de los estudiantes universitarios. El fenómeno era general en América Latina y en el Tercer Mundo. En México tomaba formas peculiares (también presentes en Brasil), por la coexistencia, lado a lado, de zonas de amplia expansión económica y posibilidades de empleo, con otras mucho más estancadas. Las comparaciones y las consiguientes frustraciones eran mucho más extendidas en esos dos países que en otros, como Chile o Argentina, que partían de niveles más

⁸. Roderick A. Camp, *Entrepreneurs and Politics in Twentieth-Century Mexico*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.

altos, aunque en ellos la tasa de crecimiento tanto de la economía como de la educación era mucho menor.

La explosión ocurrió en 1968, bajo el influjo de la rebeldía juvenil del mayo parisino. Una protesta estudiantil pasó de los temas universitarios a los generales, buscando sentar las bases de cambios más trascendentales en el país, al que se veía como una más de las varias dictaduras latinoamericanas. Un conflicto con la policía terminó en una masacre, que quedó grabada a fuego en la memoria colectiva del país. La reacción de amplios sectores de la opinión pública, y del propio gobierno, propició una reconsideración de los métodos usados por el oficialismo, al que largos decenios de ejercicio del poder habían enrigidido.

En tiempos más recientes, que no pretendo cubrir en detalle, se han generado en ambos países movimientos opositores de izquierda moderada, el Partido Revolucionario Democrático (PRD) de Cuauhtémoc Cárdenas, y el Frente País Solidario (Frepaso). Aunque ambos son más de izquierda que los partidos populares en el gobierno, a menudo su apoyo se encuentra preferentemente en los estratos medios y en la intelligentsia. Esto puede cambiar en el futuro, por cierto, pero por ahora prefiero evitar pronósticos que me hagan quedar mal si fallan.

Para terminar, quiero esbozar a nivel más general, el contraste entre las estructuras partidarias de los partidos hoy (1998) gobernantes en ambos países, y que llamaré respectivamente partidos de "integración policlasista" y partidos "populistas obreros".

Lo que caracteriza a los partidos de integración policlasista, de los que el PRI es un caso típico, es que importantes grupos organizados, tanto del empresariado como de las capas medias y de los sindicatos y campesinos, se aglutinan en una misma estructura, aún cuando mantengan dentro de ella ciertas diferencias.

Cuando se han dado condiciones revolucionarias, producto de una guerra civil interna, o de la lucha por la independencia contra una potencia colonial, es más fácil que se genere un partido integrador multiclasiista. Aparte del PRI, figura en primera fila en esta categoría, como ya lo mencionamos, el Partido del Congreso de la India, que reúne desde fuertes capitalistas hasta campesinos, obreros, y sectores de clase media. Igualmente sucede en la mayor parte de los países africanos y los del Medio Oriente, donde prevalecen formas de "socialismo árabe", que incorporan, o han incorporado en sus momentos de éxito, desde los estratos más altos de la sociedad (burócratas y militares cuando no hay capitalistas privados) hasta los más bajos.

En Brasil la casi permanente alianza varguista clásica (hasta el golpe de 1964, y aún luego bajo el régimen militar), del moderado Partido Social Democrático (PSD, que no era socialdemócrata) y el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB, que tampoco era realmente laborista a la inglesa), es un caso que se parece mucho a un partido de integración policlasista. Se diferencia del caso mexicano en que en Brasil no había habido una revolución, lo que daba más fuerza a la Derecha tradicional, externa a esta coalición multiclasiista.

En un país en que domina un partido o coalición integradora policlasista, es común -- si no hay régimen de partido único -- que se formen a la derecha y a la izquierda pequeños partidos que agrupan a los sectores más duros, o intransigentes, de las clases altas, o de los militantes obreros o intelectuales. Si el predominio del partido dominante se debilita, se puede ir a un sistema de tres partidos, como parece estar ahora ocurriendo en México.

Los partidos de integración policlasista, cuando tienen orígenes revolucionarios, en general han pasado por etapas tempranas durante las cuales su composición ha sido menos integradora, y han sido más populares o revolucionarios. Pero con la consolidación de la revolución, las nuevas clases dirigentes formadas en el proceso (burguesía industrial o alta burocracia) tienden a integrarse al movimiento, y llegan a dominarlo. En muchas experiencias de tipo soviético los partidos comunistas, una vez asentados en el poder, se transforman también en versiones integradoras policlasistas (de las clases post revolucionarias, por supuesto), suponiendo que mantienen su popularidad, lo que no siempre es el caso, pero parece sí serlo en la China actual.

En cuanto a los que podemos llamar partidos "populistas obreros", su columna vertebral es el movimiento obrero, que aporta gran parte de sus cuadros y estructuras organizativas,

aunque el liderazgo viene también, e incluso en su mayor parte, de niveles más altos de estratificación. Típicamente estos partidos, por su conformación, origen y apoyo social, expresan un enfrentamiento más clasista, aunque no siempre más violento, que el de los partidos tipo PRI.⁹

El peronismo es el caso que mejor encaja en esta descripción. El Trabalhismo brasileño se acercó a él en los últimos días de Vargas, y durante el predominio de Goulart. En años más recientes ese partido (ahora denominado Partido Democrático Trabalhista, PDT) ha mantenido su capacidad movilizacionista popular, pero concentrado en algunos estados, bajo la dirección carismática de Leonel Brizola. Parecería que en Brasil la intensa industrialización ha generado una nueva clase obrera, que en su mayoría se aparta del modelo populista, para entrar, vía el Partido de los Trabajadores (PT) de Lula, en una variante socialista de izquierda.¹⁰

A los partidos que estamos llamando "populistas obreros" el nombre señala dos de sus características estratégicas. No es, por supuesto, que sólo tengan apoyo en ámbitos obreros. Lejos de ello, los partidos que siguen la pauta peronista tienen importantes apoyos en sectores altos de la población. En ese sentido, su influencia se extiende ampliamente en la gama de estratificación social del país, pareciéndose en algo a los de integración policlasista. Hay una diferencia muy grande, sin embargo, y es que en el modelo PRI el apoyo entre los empresarios y las clases medias es muy fuerte, y oscurece -- estratégicamente, aunque no en número de votantes, por supuesto -- el que tienen en los sectores humildes. En el peronismo, aunque siempre ha habido significativos miembros de los estratos altos que lo apoyan, ellos en general son muy minoritarios en sus clases de origen, y poco legitimados en términos de los valores corrientes en ellas. Distinto es el caso de alianzas explícitas, como la que se ha dado en la Argentina bajo la presidencia de Carlos Menem, con apoyo claro de sectores de derecha, que dan un fuerte espaldarazo a su gestión, no al partido que la sostiene. xxx

Estos partidos, como todos, pueden evolucionar en el tiempo, y a menudo se considera que el peronismo tiende ahora a convertirse en un partido englobador de los más diversos grupos sociales, como el PRI. Pero es difícil que ello ocurra, pues en un país con fuerte y antigua composición urbana como la Argentina, con una sociedad civil bastante organizada, existe una tendencia a que los grupos sociales se dividan según la composición clasista predominante en cada uno de ellos. O sea, es muy difícil, por no decir imposible, que *en el mismo partido* se encuentren los principales grupos organizados de sindicalistas y patrones. La experiencia internacional comparativa -- no la lógica ni el sentido común -- así lo sugieren. Otra cosa es que se establezcan alianzas y convergencias o pactos.¹¹

Como a veces se dice que tanto el PRI como el Justicialismo son, de hecho, los partidos de la Derecha en sus respectivos países, corresponde aquí hacer una aclaración final, porque a mi juicio la afirmación es errónea, por más que las políticas que ellos impulsan puedan ser de derecha. También en España el gobierno de Felipe González siguió políticas que muchos consideran de derecha, sin por eso convertirse en un partido de derecha. Cuando el electorado, o mejor dicho una leve mayoría de él, prefirió votar por la Derecha, lo hizo por el Partido Popular

⁹. Para diversos enfoques al respecto ver mi artículo "Populism and reform in Latin America", en Claudio Veliz, comp., *Obstacles to change in Latin America*, Nueva York, Oxford University Press, 1965; Ernesto Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Nueva York, New Left Review, 1977, ch. 4; Robert Dix, "Populism: Authoritarian and Democratic", *Latin American Research Review* 20, 2, 1985; Emilio De Ippola, "Ruptura y continuidad: claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo", *Desarrollo Economico* 29, 115, octubre-diciembre 1989.

¹⁰. Kenneth Erikson, *The Brazilian Corporative State and Working Class Politics*, Berkeley, University of California Press; Moacir Gadotti y Otaviano Pereira, *Pra qué PT: origem, projeto e consolidação do Partido dos Trabalhadores*, Sap Ualo, Cortez Editora, 1989.

¹¹. Sobre el resurgimiento del sistema partidario argentino desde 1983, ver Oscar Oszlak, comp., *Proceso, crisis y transición democrática*, 2 vols., Buenos Aires, CEDAL, 1984; Liliana de Riz, *Retorno y derrumbe*, México, Folios, 1981; Pablo Giusanni, *Los días de Alfonsín*, Buenos Aires, Legasa, 1986; Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Legasa, 1985.

(PP) de José María Aznar, o sea por el producto genuino, no el sustituto.

Existe una tradición de derecha en América Latina que se ha manifestado en las muy conocidas dictaduras militares sin prácticamente ningún recubrimiento partidario. En ciertos casos esas dictaduras han tenido una mayor estructuración partidaria, como en Brasil en años recientes, o durante el siglo pasado los regímenes de Porfirio Díaz en México o de Guzmán Blanco en Venezuela. A veces la Derecha tiene antiguas bases históricas y civiles, y ha podido sobrevivir a los regímenes militares, con los cuales fue solidaria, sobre todo en Chile y Brasil.¹² Cualquiera sea su origen, esa Derecha latinoamericana es el equivalente de la que rige en los países de mayor tradición democrática, desde Estados Unidos a Europa o Japón, donde tampoco ha estado completamente exenta de esas concomitancias.

En otros casos, como el Partido Autonomista Nacional (PAN) roquista y sus transmutaciones en la Argentina, o los Partidos Republicanos estatales en Brasil de comienzos de este siglo, organizaciones elitistas y algo fraudulentas conseguían armar un sistema institucional liberal, con bastantes amplias libertades públicas a pesar de la sistemática distorsión de los resultados electorales. Representaban, de todos modos, un canal para la expresión de intereses conservadores, proveyendo a una cierta circulación de elites entre la esfera gubernamental y la privada, dando a las clases altas una sensación de participación y control sobre el proceso político.

En Chile una versión de lo mismo, con algo más de rotación en el poder, se daba a través de los partidos Conservador y Liberal, dividido este último en numerosas facciones. Después del interregno pinochetista, esos dos partidos reemergieron con una diversa combinación de características, pero de nuevo formando dos organizaciones.

En muchos países del continente, durante largos períodos, ha habido una notable debilidad electoral de partidos que, bajo cualquier nombre, puedan ser denominados conservadores o de derecha, lo que exige dos características:

- (i) ser apoyados por una mayoría o fuerte sector de las clases altas, y
- (ii) tener una ideología de identificación con los intereses de esas clases, y con las necesidades de la acumulación de capital.

Ante la ausencia de fuertes partidos de derecha, su rol ha sido a veces cumplido por partidos de centro, como Acción Popular en Perú. En otros casos, como en el mismo Perú, se forman súbitamente movimientos en torno a una personalidad, como el Movimiento Libertad de Vargas Llosa. Algo parecido ocurrió en Brasil con el fenómeno suscitado por Collor de Mello, pero por diversos motivos ninguno de los dos cuajó como expresión permanente de las preferencias electorales.

En países como México la derecha puede ser asumida sea por un partido más típicamente de ese origen, como el PAN, o bien por el mismo PRI, a pesar de sus raíces revolucionarias. Como ya se dijo al describir el modelo integrador policlasista, una vez consolidada la situación postrevolucionaria, el partido que la ha generado tiende a derechizarse, y podría llegar a convertirse en la principal expresión de una nueva derecha, con alta capacidad de integración de sectores medios y populares. Este rol de nueva derecha es perfectamente compatible con la existencia de otro partido más de derecha, o ideológico -- como el PAN -- y esa era la tendencia que parecía imponerse en las últimas décadas de la vida política mexicana. Sin embargo, una cierta renovación institucional, y el peso de las tradiciones e imágenes revolucionarias, puede terminar más bien en una tripartición del electorado, con el PRI ejerciendo un rol de centro, más que de derecha, la que en cambio se canalizaría preferentemente hacia el PAN. Por el momento es aún temprano para juzgar estas tendencias.

También es preciso hacer algunos comentarios sobre los partidos centristas de clase

¹². Douglas Chalmers, Atilio Borón and Maria do Carmo Campelo de Souza, eds., *The Right and Democracy in Latin America*, Nueva York, Praeger, 1991; Edward Gibson, *Class and Conservative Parties: Argentina in Comparative Perspective*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996; Maria Victória de Mesquita Benevides, *A UDN e o udenismo: ambigüidades do liberalismo brasileiro, 1945-1965*, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1981.

media, porque su presencia es típica de la Argentina (y Chile) pero no de México.¹³

En países latinoamericanos con relativamente alto o mediano desarrollo económico, urbano y educacional, es común encontrar partidos basados en la clase media, con una mentalidad democrática centrista, a veces con algunos ribetes populistas y corrientes de izquierda, pero básicamente moderados. Los Radicales son los casos paradigmáticos, en sus expresiones argentina y chilena, así como los Colorados y los Blancos uruguayos. Los Demócrata Cristianos han asumido este rol en varios países del área, sobre todo Chile, donde su rol centrista, o de centro izquierda, está definido por la existencia de un importante sector de derecha externo a sus filas.

En países de alto desarrollo, como los del Primer Mundo, este tipo de partidos no abunda. Tuvieron más vigencia en épocas anteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando el Partido Radical era el más poderoso en Francia, el Liberalismo bajo Lloyd George cumplía un rol semejante en Gran Bretaña, el Zentrum tenía gran vigencia en Alemania -- flanqueado a su derecha por significativas fuerzas conservadoras y nacionalistas -- y los Popolari expresaban sentimientos de amplios sectores de modesto nivel socioeconómico en Italia.

Pero el continuado desarrollo de los partidos laboristas y de izquierda ha debilitado el apoyo de esta posición autónoma de las clases medias, volcándolas en general hacia una alianza o absorción en la Derecha. Es así que en Alemania, por ejemplo, el antiguo Zentrum ha sido reemplazado por el Partido Demócrata Cristiano, que aglutina a las principales fuerzas conservadoras del país. En Francia el electorado que antes favoreció a los Radicales pasó, enseguida después de la guerra, por una breve etapa democristiana (Mouvement Républicain Populaire) y luego se integró en el Gaullismo. El Liberalismo británico, a pesar de ocasionales resurgencias, también se ha eclipsado como alternativa de poder, y ahora tiende a una alianza con el Laborismo.

Debe señalarse que en esos países la mentalidad centrista es muy predominante, y afecta a los principales partidos de cada hemisferio político, o sea al de la Derecha (moderada) y al de la Izquierda (igualmente moderada). Esto no quiere decir que han desaparecido las diferencias entre esos partidos, ni que sus apoyos sociales son ahora equivalentes. Es cierto que casi todos los partidos son en alguna medida policlasistas, pero las diversas clases sociales tienen bien diversos pesos relativos en su seno. En el partido (o coalición) de la Derecha está la gran mayoría de los grupos organizados empresariales, mientras que el partido de la Izquierda (o su correspondiente coalición) recibe el apoyo de los activistas del movimiento sindical, y de una parte dominante de la intelligentsia.¹⁴

Con el pasar del tiempo, quizás México y la Argentina se parezcan más en sus estructuras políticas y partidarias. Por el momento, el estudio de sus contrastes es una rica fuente para una ciencia política basada en nuestras propias experiencias.

¹³. David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977; Peter Snow, *El radicalismo chileno: historia y doctrina del Partido Radical*, Buenos Aires, F. de Aguirre, 1972; George Grayson, *El Partido Demócrata Cristiano de Chile*, Buenos Aires, F. de Aguirre, 1968.

¹⁴. R.J. Johnston, "Lipset and Rokkan Revisited: Electoral Cleavages, Electoral Geography and Electoral Strategy in Great Britain", en R.J. Johnston, F.M. Shelley y P.J. Taylor, comps., *Developments in Electoral Geography*, Routledge, Londres, 1990; Frances Fox Piven, *Labor Parties in Postindustrial Societies*, Nueva York, Oxford University Press, 1992; para el impacto de los problemas étnicos sobre el voto en los Estados Unidos, Thomas Byrne Edsall, con la colaboración de Mary D. Edsall, *Chain Reaction: The Impact of Race, Rights and Taxes on American Politics*, Nueva York, Norton, 1991.